

demos de otro modo. No es el sábio lo que aquí priva, mas el poderoso: el varon modesto que consagró su vida á la ciencia, que cruzó la tierra sin adquirir fama entre el histrionismo de la política, que cerró su corazon á toda pasion desordenada, á toda concupiscencia de mando, ó de ostentacion satánica, baja al sepulcro como bajó nuestro héroe, reducido en la estrechez de austera mediocridad.

No rechazamos, pues, en absoluto los comentarios del «Quijote,» aunque sean filosóficos, sino en aquello que pida reprobacion y censura; alegrémonos, por el contrario, siempre que la bibliografía anuncie la aparicion de alguna obra de esta naturaleza, y no vacilemos en adquirirla, seguros de que no han de faltar entre sus espinas, frescas y gallardas flores para embellecer la escelsa tumba que custodian unas modestas religiosas.

LA SEPULTURA
DE
CERVANTES.

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DE MADRID

I.

LA SEPULTURA DE CERVANTES.

En uno de los cuarteles extremos de la coronada Villa, casi en el comedio de la calle antes dicha de Cantarranas, de Lope de Vega en lo moderno, sobre la derecha mano, como quien baja hácia la ronda del Botánico, hállase una destartada fachada, pintado el fondo de rojo y blanco, que corresponde á un edificio no menos estrambótico é irregular. Ni se distingue aquella por haber sido labrada con sujecion á las leyes de la eurythmia, ni es notable por la severidad de sus líneas principales, ni menos por los primores con que el

arte acudió á embellecerla: sin ningun apropiado aderezo, sin la menor espresion de magestad y grandeza en el conjunto, fórmala un lienzo de muralla que se eleva á desiguales alturas en el trayecto y cuya continuidad rompen varias lumbresas, con pretensiones de ventanas, dos raquítricos ingresos, tres achaparrados balconillos y una portada con otros tantos arcos practicables y tan sin gracia como el resto.

Compréndese, muy luego, que fachada y edificio no fueron imaginados y contruidos de una vez, antes bien, que el trabajo del alarife redujese á ir uniendo miembros diversos, partes disgregadas, hasta ordenar aquel todo desequilibrado que mas anuncia la estrechez y la modestia que la holgura y el predominio. La portada, única donde en parte se empleó la piedra mas grosera, álzase pesada y sin garbo, hasta concluir en un ático ó fronton triangular que flanquean dos panzudos jarrones, y domina una cruz: descansa el compartimento superior, que en dos divide la portada, estrecha imposta, sobre los arcos antes mencionados, y en él campea un simulacro religioso, tallado en alto relieve sobre blanco mármol y dos escudos con heráldicas figuras.

El aspecto adusto, frio y anticuado de la fábrica, el prévio acuerdo de interrumpir todo comercio entre sus moradores y el público, tabicando los vanos con espesas y metálicas celosías, sus puertas casi siempre cerradas, la oscuridad que le en-

vuelve durante la vigilia, sin que resplandor alguno brote de sus entrañas, el solemne silencio que á la continúa en él reina, y la cruz azul y roja, que repetida se vé en distintos sitios; declaran muy luego que se trata sencillamente de un convento de religiosas. Mas que habitacion de vivientes parece ruina veneranda de pasados tiempos, y se diria que lejos de alentar en su recinto gentes que sienten y piensan cual pensamos y sentimos, lo ocupan añejas creencias muertas ya y petrificadas; generaciones que murieron y cuyos huesos recojió la compasiva y cristiana caridad.

Descubre el ojo escrutador en su fisonomía inmóvil, algo propio de la suma inercia, algo que rechaza la luz y pide sombra y reposo, algo contrario al movimiento social contemporáneo, con el cúmulo de intereses que forman su cortejo, á la vida moderna, con sus preocupaciones grandiosas. Habla aquella fachada, si la metáfora es permitida, un lenguaje cuyo tenor no entendemos; carece de la poesía que acompaña á la fortaleza en desmayo, á lo bello en decrepitud, al mérito en decadencia, que su imponderable vulgaridad y el reboque postrero que cubrió sus deterioros, quitan la ocasion de que el ánimo se espacie por las regiones de la fantasía. Y no se engaña el espectador: el caseron es una tumba, donde en vida se enteraron seres cuyo corazon no late al par del nuestro, cuya mirada no brilla con el fuego que enciende nuestros ojos, cuyos oidos están cerrados para

el rumor de nuestras dichas y querrellas. Fantasmas de lo pasado, larvas de una sociedad deshecha, últimos, ténues y débiles reflejos de un incendio que abrasó el mundo, eco postrimero de robustos acentos, almas errantes que buscan silenciosas el camino de lo infinito; son las Trinitarias, que á ellas nos referimos, contraste poderoso que en medio de nuestro aturdimiento, resfria el frenesí en que vivimos, provechosa leccion cuya enseñanza no nos conviene desdeñar.

Mientras fuera se agita la multitud movida por sentimientos no siempre honestos ni legítimos, dentro, esa otra parte de nuestra especie, conténtase con la calma fúnebre del olvido: á las concupiscencias que nos arrastran, opone su abnegacion austera; á la sed de riquezas en que nos abrasamos, una mediocridad beata que alimenta la limosna; á la garrula ostentacion de las fingidas prendas morales, el tranquilo apartamiento de la virtud, que sin desdeñarlos, nada espera de los hombres. Ni llevóla al claustro, en nuestro entender, la fiebre mística, la desesperacion ó el infortunio; antes bien, un soberano hastío de lo presente, una irreflexiva pero enérgica intuicion de la vanidad terrena, un apego inconsciente hácia la no mudable ventura del eterno reposo.

Encuétrase, pues, como decimos, el transeunte que se detiene ante el convento, en frente de un sepulcro. Adosada, ó mejor dicho, incrustada en él yace la iglesia, que abre sus puertas en determi-

nados dias y momentos. Rechinan entonces los goznes del cancel que corta la comunicacion entre el templo y su vestíbulo, y devotas y curiosos penetran bajo las bóvedas del santuario donde el estilo greco-romano mostró con sobriedad y disciplina sus ventajas. Representa el plan de la iglesia una cruz latina, y sobre su crucero levántase una elegante cúpula bramantesca, que como el resto, aparece severa y elegantemente decorado, aunque posteriormente el barroquismo lo afeó con altares y retablos estrambóticos, evidentes señales de la mas funesta decadencia. El resto del edificio visible nada ofrece digno de mencionarse: paredes escuetas, techos que parecen próximos á desplomarse, puertas y dobles rejas, añadidas á los grillos del voto; por todas partes la muerte, si no del alma, del cuerpo, que gime aprisionado en los hierros de la clausura. Hállase la fábrica condenada á eterno mutismo y no obstante habla á la fantasía con las ideas que en ella esculpieron nuestros padres. Pobre y mezquino, sin mas que prosa y ruindad, es el convento de las Trinitarias, despues de todo, gráfico emblema de un pueblo y de una época, archivo que guarda ricas y gloriosas memorias, preciado monumento donde descansan los huesos del mas insigne entre los ingénios castellanos: de Miguel de Cervantes Saavedra.

II.

Afirman textos auténticos que allá por los años de 1609, deseosa una doña Francisca Romero, hija de cierto valeroso capitán, de fundar un monasterio en la Corte, personóse en ella con varias religiosas y doncellas, estableciéndose por el pronto en unas casas que habia adquirido á título oneroso, en la calle de Cantarranas, no lejos del convento de los Nuevos Trinitarios Descalzos. Dícenos también antiguos documentos, que el autor del «Quijote» habitaba á la sazón en la calle de la Magdalena, y que poco despues se trasladó á la plazuela de Matute, regresando en el mismo año de seiscientos nueve á la primera, ocupando una casa frontera al maestro de coches Francisco Daza.

Componíase la familia del manco, de su consorte doña Catalina de Salazar, tan discreta como hermosa, de su hermana doña Andrea, viuda del General Alvarez de Mendaño, de una doña Constanza, hija de esta, y de doña Isabel que lo era de Cervantes. Falto de bienes de fortuna, lastimado en su dignidad por el proceso de Valladolid, y sin destinos ni pensiones; redujo su vida al círculo estrecho de la familia y afectos, consa-

grándose al trabajo para allegar lo necesario al sustento cotidiano.

Carecian las beatas de la Romero de oratorio en la casa que ocupaban, viéndose obligadas á concurrir diariamente á la Iglesia de Jesús, entonces de los Padres Trinitarios, á donde asistía con su familia Miguel de Cervantes, miembro ya de la Congregacion de Esclavos del Santísimo Sacramento en aquel fundada. Hubo de trabar amistad, por tal manera, con los religiosos redentoristas, con la familia del Duque de Lerma, que los protegía liberalmente, y con las beatas, cuya historia desde aquel momento habia de encerrar grande interés para los futuros cervantistas.

Resuelta la doña Francisca á vestir el hábito de los Trinitarios, obtuvo, tras no escasas dificultades, que el 9 de Noviembre de 1612, el Vicario General de Madrid, doctor Gutierre de Cetina, obedeciendo el mandato de don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y prévia licencia del Consejo de Castilla; consagrara la casa de las beatas, convertida desde entonces en respetado santuario. Celebróse la ceremonia con la acostumbrada pompa, y es verosímil que Cervantes, con su cónyuge, hija y sobrina—doña Andrea habia ya fallecido—aumentasen el número de los fieles concurrentes, sin faltar á la toma de hábito que se verificó once días despues.

Figuraban entre las nuevas religiosas dos señoras naturales de Alcalá de Henares, y por tan-

to paisanas de nuestro ingenio, y además aspiraba al cláustro una jóven nacida en el mismo pueblo é íntima amiga de su Isabel. Autorizaba por aquellos días don Gutierre de Cetina la impresion de las «*Novelas Ejemplares*,» espeditivamente censuradas por los Trinitarios Descalzos Fray Juan B. Capataz y Fray Diego Ortigosa, dando á entender con su premura que de antemano las conocian. El Arzobispo Sandoval, sin cuyo auxilio las beatas no habrian visto cumplidos sus deseos, sería tambien, si ya no lo era, el favorecedor clemente de nuestro autor infortunado. Tales coincidencias justifican por qué el nuevo instituto monástico no se aparta de la memoria del que escudriña solícito las postrimerías de Cervantes.

Acercó este su morada al convento, habitando en la calle del Leon; mudóse luego á la de las Huertas, y despues de otros cambios de domicilio, antes forzados que voluntarios, fijó su residencia á pocos pasos de las Trinitarias, en la calle de Francos, donde la benévola amistad de un sacerdote ilustre, le ofreció hospitalario albergue.

Ensanchábase el monasterio en el entretanto, mediante varias adquisiciones urbanas, creciendo tambien las desventuras de nuestro héroe. Abandonado de los poderosos, sin tener quien le amparase, ni mano amiga que socorriera su estrechez, escepcion hecha de las dádivas que hubieron de otorgarle el de Lemos y don Bernardo;

sintióse combatido por cruel dolencia en el cuerpo y por mortales ánsias en el alma. Habia tomado Isabel el místico velo en las Trinitarias entre 1613 y 1614, arruinábase la quebrada salud del padre apresuradamente, y mientras no habia quien quisiera tomarle sus comedias, émulos mal aconsejados, zaheríanle públicamente ó le denostaban tras el velo del anónimo.

No rinde, sin embargo, Cervantes su albedrío al imperio de la contraria estrella; los consuelos que no halla en su propio ánimo encuéntralos en los vivos ejemplos de resignacion que le ofrecen las religiosas. Contemplamos, con gusto, al inmortal soldado ante las rejas del locutorio, ora en tierno coloquio con su hija, ya en concertadas pláticas con las madres, é imaginamos verle salir de su aposento, fatigado de trabajar en su obra postrera, el *Persiles*, y con la color turbia, el mirar melancólico, los pasos vacilantes, dirijirse, tomando apoyo en las paredes, hasta cruzar casi por el frente de la casa donde feliz habita Lope de Vega, y atravesando tambien la calle donde Quevedo mora, hasta desembocar en la porteria de las Trinitarias, con quienes pasara los momentos mas dichosos de su anticipada vejez. Así menguarán sus fuerzas, así sentirá crecer la enfermedad que le agovia y que presto le llevará á los términos de la vida.

Acosado por el hambre, descaecido, sin señores que le inviten á sus fiestas, ni comediantas